

# INTRODUCCIÓN

Javier García Liendo

En el siglo xx, el Perú pasó de ser un país rural a uno urbano. La explosión demográfica, la migración interna y la urbanización fueron tres procesos fundamentales que impulsaron esta transformación. El país pasó de tener un estimado de 3,7 millones de habitantes en 1900 a 26 millones en el año 2000 y más de 30 millones en 2015.<sup>1</sup> La migración hacia los centros urbanos de la costa y la sierra, particularmente a Lima, la cual había aumentado considerablemente durante las tres primeras décadas del siglo, se volverá un proceso masivo a partir de 1940.<sup>2</sup> Progresivamente, el número de habitantes en zonas urbanas irá superando al de las zonas rurales, concentrando en las ciudades a migrantes de distinta procedencia étnica y de clase, quienes huían de la pobreza persiguiendo las promesas del progreso.<sup>3</sup> Los desplazamientos se realizaban del campo a la ciudad, y de las provincias a la capital del país, señalando en esta dirección el proceso centralista y el desarrollo desigual de la economía y de la expansión del Estado. Sin embargo, las zonas de origen eran igualmente afectadas debido a los contactos que los migrantes mantenían con ellas.<sup>4</sup>

---

1. Desde 1876, el crecimiento demográfico fue sostenido: 2,7 millones en 1876, 3,7 en 1900, 4,2 en 1910, 4,8 en 1920 (Klarén 273). Solo entre 1940 y 1993 el Perú triplicó su población (Contreras y Cueto 297).

2. El censo de 1908 indicó que el 58,5% de la población de Lima no había nacido en dicha ciudad, mientras que cerca del 10% de esa población había nacido en el extranjero (Contreras y Cueto 225). En 1920, Lima tenía 224 mil habitantes; en 1940, cerca de 600 mil, y a finales de la primera década del siglo xxi tenía más de 9 millones.

3. Mientras que en las últimas décadas del siglo xix la población rural bordeaba el 65%, en 1972 era la población urbana nacional la que alcanzaba el 60% (Matos Mar 2012: 57).

4. Véanse, por ejemplo, Golte y Adams, así como los ensayos compilados por José Matos Mar (1969).

Las imágenes de la pobreza urbana, multiplicadas por las crecientes oleadas migratorias, contrastan con las del inmigrante emprendedor exitoso en el mundo capitalista.<sup>5</sup> La constatación de la pérdida de una cultura milenaria —y, con ella, de los valores que diversos actores políticos y culturales dieron a lo campesino— se cruza con un proceso de *cholificación* por el que las culturas campesinas, en lugar de desaparecer, se fortalecen en la vida urbana, transformándose.<sup>6</sup> La migración desencadena el entusiasmo ante la posibilidad de una largamente soñada integración nacional, pero también la alarma ante una nueva crisis del Estado, incapaz de contener el *desborde*.<sup>7</sup> La desterritorialización, la distancia, el bilingüismo —impactando el uso de las lenguas indígenas— y la sensación de habitar un lugar liminar entre dos espacios, sin estar completamente en ninguno de ellos, irán marcando la experiencia subjetiva y social de vastos grupos. La migración interroga y desestabiliza las fronteras que separan lo rural de lo urbano, lo cosmopolita de lo provinciano, lo nacional de lo regional, o la lengua materna de la comunicación. El optimismo por la nueva oportunidad no podrá dejar de arrastrar consigo la memoria y la reproducción de relaciones étnicas y de clase marcadas por el racismo y otras formas de violencia. Lejos de cancelarlas, ellas se redefinen en los nuevos espacios de la migración junto con la reformulación de la identidad popular y los imaginarios de comunidad.<sup>8</sup>

Es plausible argumentar que la frontera más discutida y polémica en la historia cultural del Perú del siglo XX es aquella que distinguió la costa y la sierra como espacios opuestos y, en muchos puntos, irreconciliables. La acentuación de la modernización nacional desde la segunda mitad del siglo XIX amplió la distancia entre ambos espacios favoreciendo la identificación de la costa con la modernidad y de la sierra con un pasado arcaico que se hacía cada vez más desconocido para la sociedad criollo-

---

5. El libro de Hernando de Soto *El otro sendero* ofrece una épica popular de la economía informal.

6. Volveré más adelante sobre el tema de la cholificación.

7. La imagen del “desborde” fue planteada en los años ochenta por José Matos Mar (1984).

8. No se debería dejar de observar la importancia de la migración para una mirada de larga duración en el área andina, especialmente en la época colonial. Como observó Noble David Cook, la migración fue decisiva para el establecimiento de la sociedad colonial andina.

occidental.<sup>9</sup> Esta frontera cultural estableció lo que Ángel Rama llamó el *dualismo* de la cultura peruana (1970: 124), el cual conformó una visión bicultural de carácter geográfico, étnico y lingüístico, oponiendo una cultura criollo-moderna a otra andino-indígena.<sup>10</sup> La visión bicultural, sin embargo, opuso dos culturas simplificándolas, pues el dualismo no permitía reconocer la intensa heterogeneidad cultural que subyacía a las palabras. Tal dualismo responde a un proceso de reorganización del espacio social en la modernización, en el que se reinscribe la figura colonial de la república de indios y la república de españoles, y puede ser pensado —sin que se reduzca a ello— como un *imaginario de frontera*, el cual da cuenta de la producción histórica (y sus transformaciones) de una separación sociocultural y espacial que funda la idea de comunidad nacional. La frontera establece diferencia y al mismo tiempo incentiva formas de comunicación entre los mundos que opone (desde la convivencia hasta la guerra).<sup>11</sup> Su manifestación paradigmática durante las primeras tres décadas del siglo XX fue el indigenismo, el cual, reafirmando el diagnóstico de la distancia entre costa y sierra, incentivó en algunas de sus versiones una idea de nación basada en lo andino, invirtiendo —sin eliminar el dualismo— la idea dominante de una nación de matriz criolla.<sup>12</sup> Su rede-

---

9. Como observa Nelson Manrique, durante el siglo XIX y las primeras décadas del XX existió una mirada estereotípica que veía a la sociedad andina como estática, no afectada por ningún cambio o dinámica modernizadora. Lima era el Perú; la historia de esta ciudad se confundía con la del país (16).

10. En realidad, Rama retoma el debate establecido por lo menos desde Manuel González Prada, y formalizado por José Carlos Mariátegui en sus *7 ensayos* (1928). Para un análisis de ambos intelectuales, ver Rénique.

11. La reflexión sobre la frontera, término ampliamente polisémico, ha sido rica en las últimas décadas, particularmente en torno a los estudios sobre migración, como en el caso chicano o hispano en los Estados Unidos. Junto con una continua producción agrupada bajo *border studies*, ha habido diversas formas de pensar la frontera entendida como una figura de poder en la que se aglomeran dinámicas biopolíticas, capitalistas, coloniales y nacionales, así como políticas del conocimiento y la representación. Asimismo, la frontera ha sido repensada en los estudios de diásporas, desde la época colonial, en los que tornan centrales los espacios transnacionales para la construcción cultural (véanse por ejemplo, Walter Dignolo y Juan Manuel Valenzuela). Por otro lado, estos temas han estado muy presentes desde hace décadas en los estudios de literatura y cultura en y sobre América Latina: la transculturación (Rama), hibridez (García Canclini), heterogeneidad (Cornejo Polar), zona de contacto (Mary Louis Pratt) o mundialización de la cultura (Renato Ortiz). Véase Belausteguioita.

12. Para las posiciones de hispanismo y el indigenismo en la literatura, véase Cornejo Polar 1989.

finición más trágica se afirmó durante las dos últimas décadas de ese siglo con la guerra interna, la cual mostró la distancia entre el Perú costeño y el andino, entre un mundo moderno y uno que parecía —a los ojos de muchos actores— desconocidamente arcaico, haciendo de los Andes el escenario más sangriento.

El imaginario de la migración contrasta con el de la frontera. Se presenta como la necesidad o deseo de superación de fronteras étnicas, económicas o políticas, mezclando optimismo y nostalgia. Dos aspectos que marcan este imaginario son la desterritorialización y la relocalización.<sup>13</sup> La desterritorialización rompe los vínculos con el lugar que se identifica con la madre, impone el abandono —o la recuperación como modelo intelectual— de una experiencia de comunidad, así como la separación de la identidad con respecto a un espacio geográfico y social particular. La relocalización reinscribe al migrante en nuevas relaciones de poder, dinámicas de socialización y culturas; oscila entre la adaptación o el desarraigo. Es de esta manera que la migración construye una perspectiva y una experiencia que reformulan los límites entre lo cosmopolita, lo nacional y lo local, lo urbano y lo rural, o la subjetividad, la lengua y la cultura. Por ende, la migración no es vista solo como el desplazamiento de gente —en los tránsitos de inmigración y emigración—, sino también como el imaginario de flujos multidireccionales de lenguajes y representaciones que chocan, haciendo visibles los dispositivos de poder de la frontera. Por otro lado, es imposible no señalar que en el Perú, como en otras sociedades postcoloniales, la experiencia de la migración está marcada por el patrón de la colonialidad, que apela a la construcción de la raza como categoría de clasificación social y dominación neocolonial (Quijano 2014).<sup>14</sup> De allí que la persistencia y reformulación de esa colonialidad sea parte de la historia y el imaginario de la migración. En el siglo xx peruano, esta dinámica acompaña los cambios culturales y el reemplazo de la idea de

---

13. Los conceptos desterritorialización/relocalización (o reterritorialización) han sido ampliamente usados en los estudios de globalización y migraciones contemporáneas. El paradigma de la glocalización ha ofrecido una entrada importante en los estudios culturales latinoamericanos (García Canclini). Véanse también Bauman y Vilanova 2009.

14. Desde el clásico libro de José Matos Mar (1984), diversos estudios han explorado aspectos sociales, políticos y culturales de la migración, aunque el tema se había abordado desde décadas atrás, particularmente en las discusiones sobre lo cholo (Quijano 1980). En los estudios literarios son clásicos los ensayos de Antonio Cornejo Polar sobre el discurso migrante (1996a; 1996b). Desde las ciencias sociales, véanse también Golte, Degregori y Matos Mar 2012.

un país dual y bicultural por la de “un sistema multiétnico, que es básicamente urbano” (Golte 108). No obstante, este proceso ocasiona también que cada vez sea más problemático definir el significado de lo rural y sus fronteras con lo urbano (Monge).

La comprensión de frontera y migración como *imaginarios* permite explorar la importancia de la imaginación en la producción social del sentido. Para Cornelius Castoriadis, el concepto de imaginario (o imaginario social) es un modo de entender la relación sujeto-sociedad por el cual las representaciones sociales o aquello que se designa como “realidad” desde el sentido común, o el saber social e histórico, no se explica únicamente por los componentes materiales —la base económica, en específico— ni por los modos discursivos del racionalismo moderno, sino que necesita además apelar a lenguajes y representaciones que actúan en la cultura y dan sentido organizador a lo social (218-251). Los componentes subjetivos que se expresan por medio de la imaginación son, por ello, formas de articulación entre la experiencia individual y la historia; es decir, no se percibe lo individual como un sujeto constituido autónomamente que solo después entra en relaciones con lo social, sino, por el contrario, se concibe el sujeto como efecto de lo social. De esta manera, en una subjetividad y un discurso específicos hablan los lenguajes de la historia y la memoria social. Entendidos así, los imaginarios de frontera y migración condensan lenguajes y representaciones que han marcado la producción del sentido de la comunidad, lo común y la nación, temas que han mostrado su persistencia en la cultura peruana durante el siglo xx.

Los artículos reunidos en este libro proponen una reflexión colectiva sobre los modos en que la cultura literaria del siglo xx ha puesto en discusión esos imaginarios de migración y de frontera.<sup>15</sup> Este es el eje en torno al cual se relacionan diferentes géneros de escritura (novela, crónica, poesía, ensayo, crítica), con el fin de mostrar los cruces entre debates y políticas representacionales, y de explorar aspectos clave de dichos imaginarios, tales como las tensiones entre campo y ciudad, la función cultural del cosmopolitismo y la modernidad, las relaciones entre lo indígena, lo criollo, lo mestizo y lo cholo, así como el debate de la nación, el lugar de las minorías étnicas (asiáticas, afrodescendientes) dentro de la comunidad

---

15. Algunos artículos compilados van más allá de lo literario, proponiendo relaciones intermediales. Ulises Juan Zevallos Aguilar incluye el cine. Mónica Bernabé discute relaciones entre fotografía, práctica etnográfica y escritura.

nacional, o la invisibilidad y politización del espacio amazónico en la cultura peruana.

La intensidad con que las prácticas de escritura literaria han discutido estos temas contrasta significativamente con la situación sociológica de la literatura en el siglo xx, en específico, su relación con el público nacional. Como se sabe, en países como el Perú la distancia entre productores y públicos es particularmente problemática. Con excepción de algunos momentos en que la literatura pareció encontrarse con un público ampliado, el desigual acceso a la cultura escrita —segmentado por la clase, la etnicidad, el género y la ubicación geográfica—, el multilingüismo, la situación del aparato editorial y, en ocasiones, el prejuicio letrado por el público popular, enfatizan el carácter minoritario y elitista de la práctica literaria. Esta situación —intensamente debatida, por otro lado, en la crítica cultural latinoamericana de las últimas décadas— ha sido una pregunta continua de la literatura peruana: para quién escribir. La posibilidad o imposibilidad de que la obra sea leída por un público íntimo, familiar, o por un público regional, nacional o mundial ha politizado continuamente la práctica literaria. No obstante, lejos de que la relación literatura-público sea una problemática exclusivamente sociológica, esta literatura la ha asumido como una marca interna de su producción y de su forma. Los ensayos reunidos en este volumen permiten además rastrear momentos clave en la conformación de estas relaciones de poder, las dinámicas modernizadoras y sus respuestas literarias.

En lo que sigue de esta introducción se ofrecerá un marco de organización para el conjunto de artículos que componen el presente volumen, enfatizando posibles conexiones y la persistencia de preguntas en común entre autores, obras y períodos históricos. Aunque el lector podrá relacionarse con cada artículo de manera independiente, esperamos que una lectura de conjunto le ofrezca una puerta de entrada hacia los modos en que la literatura se ha inscrito en los debates culturales y sociales de un siglo marcado por la migración y acelerados procesos de urbanización.

#### PROVINCIA, MIGRANCIA, MODERNIDAD

La modernización económica de las dos últimas décadas del siglo xix profundizó la estructura centralista del Perú favoreciendo la migración inter-

na.<sup>16</sup> Mientras campesinos andinos migraban a haciendas costeras o centros mineros en busca de trabajo estacional o permanente, ciudades como Lima, Arequipa, Cuzco y Trujillo iban poblándose de nuevos rostros, sin los apellidos de las familias que tradicionalmente ocupaban sus centros urbanos. Haciendas, minas y ciudades se convierten en espacios de migración en los que se encuentran heterogéneas experiencias culturales, lenguas y demandas sociales. En Lima, particularmente, la vida cotidiana iba transformándose aceleradamente con el crecimiento de la ciudad y la ampliación del servicio de luz eléctrica, o la novedad del cinematógrafo, el teléfono y el deporte.<sup>17</sup> La metrópoli peruana era así imagen y promesa de modernidad, la cual encontraría su más ambiciosa materialización en el Oncenio de Augusto B. Leguía (1919-1930) y la celebración del Centenario de la Independencia (1921). No obstante, el crecimiento de Lima y otras ciudades no era índice de una urbanización generalizada a nivel nacional, pues ellas seguían rodeadas de amplios espacios rurales. Por esto mismo, una experiencia clave de la época era el contraste entre la modernidad de la *belle époque* y el paisaje rural. El cosmopolitismo se cruzaba con el arcaísmo, y la experiencia del anonimato en la ciudad, con la seguridad de la casa familiar provinciana, incentivando imágenes de multitemporalidad histórica.

En el campo literario, la modernización —siguiendo las dinámicas acentuadas con el modernismo en las urbes más desarrolladas del continente— da lugar al crecimiento del público lector y la aparición de nuevos productores culturales entre 1900 y 1930 (Deustua y Rénique), para quienes el mercado prometía una autonomización con respecto a los sistemas del patrocino y al Estado.<sup>18</sup> Como en otros países, sucedió también en Perú que para muchos productores los periódicos y las revistas constituyeron una ruta de formación y socialización intelectual alternativa a la universidad (Rama 1970; Lauer 1989; Bernabé). Las nuevas condiciones productivas conllevan la posibilidad de agrietar el monopolio intelectual oligárquico de Lima. En especial, se hace decisiva la procedencia provinciana de muchos de estos intelectuales. Su identidad

---

16. Para una revisión histórica del período comprendido entre la República Aristocrática (1895 y 1919) y el Oncenio de Augusto B. Leguía (1919-1930), véanse Carlos Contreras y Marcos Cueto (197-260), Peter Klarén (255-352) y Augusto Ruiz Zevallos.

17. Para la modernización y el cambio cultural de Lima, véanse Velásquez Montenegro; Ortega; Panfichi y Portocarrero; y Muñoz.

18. Es necesario añadir la importancia de la prensa obrera en esos años, entendiéndola como proceso paralelo a la creación del mercado cultural. Para una historia de dicha prensa véase Machuca Castillo.

migrante los inclina a contrastar las diferencias culturales y el centralismo en la organización sociocultural del Perú, haciendo de la provincia un locus de enunciación y politización de la cultura nacional.

Las figuras de Abraham Valdelomar y César Vallejo, exploradas aquí por Marie Elise Escalante, José Antonio Mazzotti y Marta Ortiz Canseco, irrumpen en este nuevo escenario de producción cultural. Ambos escritores son de origen provinciano y sus obras están marcadas por la experiencia de la migración. El viaje de la provincia hacia Lima y Europa incentiva nuevas formas de pensar y sentir tanto la distancia como el encuentro entre sociedad rural y ciudad; cultura escrita y oralidad primaria; modernidad y tradición; públicos anónimos, familia y nación. Más que señalar la importancia de la migración para una lectura biográfica, dicha experiencia se refracta en las búsquedas formales, las elecciones temáticas, las posiciones ideológicas (cosmopolitismo, nacionalismo, socialismo) y las prácticas intelectuales (literatura, periodismo, política) que llevan a cabo.

Marie Elise Escalante propone leer como unidad la obra literaria y la oratoria política de Valdelomar con el fin de explorar los imaginarios —sus transformaciones y contradicciones— sobre la ciudad, el campo y la modernización. En un primer momento, el imaginario de la provincia oscila entre el lugar donde la modernidad arroja sus desperdicios y aquel en que es posible articular una utopía libertaria con respecto a la normalización social de las ciudades burguesas. La modernización, por otra parte, aparece como una fuerza que amenaza la naturaleza, mostrando a las provincias —y no a la capital— como el verdadero centro del drama de la modernización nacional. En un segundo momento, en cambio, la provincia está vinculada con la infancia y la tradición. La nostalgia se sobrepone a la utopía, pero solo para ser negada cuando Valdelomar recorra las provincias andinas dando discursos políticos y declamando su poesía. En este momento final, propone la política en las provincias como medio de contrarrestar el centralismo limeño, cambiando su valoración sobre la modernidad. El choque entre cosmopolitismo y provincialismo analizado por Escalante prefigura algunos imaginarios de la vanguardia peruana, como la tensión entre tecnología y mundo rural en la poesía de Carlos Oquendo de Amat.<sup>19</sup>

José Antonio Mazzotti explora la desterritorialización y la migrancia como marcas de la poesía de César Vallejo. Su figura de autor es inscrita en la experiencia migratoria colectiva de inicios de siglo producida por

---

19. Véanse Coronado (75-101); Vega Jácome; Lauer 2003.



el centralismo limeño. La migrancia, entendida por Mazzotti como la “reconfiguración cultural, ideológica, sentimental y lingüística” del migrante, se imprime en la mirada de Vallejo sobre la provincia y la modernidad, en torno a lo cual adquieren intensidad las dimensiones étnicas y lingüísticas, las cuales operan en el tensionamiento y la desarticulación del lenguaje poético y en la memoria cultural de la comunidad. Su poesía se pregunta por el lugar de la literatura en sociedades campesinas o en espacios regionales donde amplias capas de los sectores populares no podían —por la distancia con la escritura alfabética— ser un público para ella. Analiza también las figuras de comunidad en Vallejo que se mueven entre la familia provinciana y la comunidad internacionalista del socialismo. La desterritorialización opera, así, como una experiencia de cruce entre tiempos y espacios, desde la cual son reelaborados los significados de la práctica literaria y la relación entre intelectual y política.

Marta Ortiz Canseco examina las crónicas de Vallejo escritas desde el exilio europeo. El encuentro con París refuerza la condición colonial del intelectual latinoamericano, en la que se entrecruzan el impulso por la autonomía cultural y la dependencia de modelos europeos. Reviven así las tensiones entre cosmopolitismo, nacionalismo e hispanoamericanismo. La modernidad europea le devuelve a Vallejo su condición de intelectual subalterno y, al mismo tiempo, lo lleva a desarrollar una mirada irónica, corrosiva, de los mitos de la modernidad. En sus crónicas, la característica fascinación cosmopolita de los intelectuales periféricos por el resplandor parisino se transforma en una crítica mordaz al contenido real del cosmopolitismo francés: moda, mercancía, publicidad, consumo desenfrenado, famas inventadas por el aparato del espectáculo. Esta mirada crítica terminará contribuyendo luego a la definición de un ideario socialista, en el que la articulación de estética y política será explorada de la mano de su experiencia en la Unión Soviética y los desastres de la Guerra Civil Española. La condición migrante de Vallejo influye decididamente en estas reconfiguraciones de su escritura y en su definición intelectual.

## NACIÓN, INDIGENISMO Y MÁRGENES DE LA LITERATURA

El trabajo intelectual de José Carlos Mariátegui, realizado desde su regreso de Europa hasta su muerte (1923-1930), se inscribe en el contexto de un intenso debate sobre el “problema nacional”, el cual va acompañado —como se indicó también con respecto a Valdelomar y Vallejo— de

la irrupción de intelectuales provincianos y la eclosión de publicaciones periódicas. Para la Generación del 900, como es el caso de José de la Riva-Agüero, la cultura nacional —condensada en la literatura— era postulada, fundamentalmente, como una cultura criolla, basada en las fuentes europeas coloniales (Cornejo Polar 1989; Rodríguez Rea), por lo que las provincias y sus culturas regionales eran invisibles. Pero los efectos de la Primera Guerra Mundial, la Revolución Soviética y la Reforma Universitaria latinoamericana, así como una creciente politización de los sectores campesinos y de los movimientos obreros, junto a nuevas ideologías políticas, transforman los debates de la nación.<sup>20</sup> El desarrollo de diversas disciplinas (arqueología, folklore, historia, etc.), sumado a las posibilidades de comunicación entre nuevos intelectuales y públicos, y a la intensificación de la modernización capitalista, fue consolidando en la década de 1920 una preocupación colectiva, la cual, como sostienen Manuel Burga y Alberto Flores Galindo, permitió pensar “al país como una totalidad” (265).

El indigenismo de las primeras décadas del siglo, en su heterogénea composición social y expresión (estatal, jurídica, política, literaria, pictórica, etc.), tuvo una influencia decisiva en el “problema nacional” y la cultura escrita.<sup>21</sup> Sus manifestaciones replantearon el lugar de las regiones y, en específico, de las sociedades y culturas indígenas en el futuro nacional. Como argumenta Sara Castro-Klarén en su contribución a este libro, el indigenismo es la forma que tomó la pregunta por la modernidad en el Perú del siglo xx. Tal como se había mostrado ya en el siglo anterior, esta pregunta necesitaba fijar el lugar de las sociedades y culturas andinas en la construcción del Estado y la comunidad nacional (Larson), solo que en el siglo xx son distintas las condiciones materiales en que se formula la cuestión, debido a la creciente actividad de las “masas populares” a nivel regional y nacional; por ejemplo, a través de las continuas rebeliones contra el gamonalismo y la expansión de la hacienda en el sur (Jacobsen), la propagación de la educa-

---

20. Aunque existe una amplia bibliografía sobre estos temas, remito aquí solo al análisis cultural del período que M. Burga y A. Flores Galindo ofrecen dentro del marco de cambios de las primeras décadas del siglo xx.

21. Sobre este tema existe también una amplísima bibliografía. Para una mirada sobre las diferentes tradiciones y debates dentro del indigenismo y el debate nacional en el siglo xx peruano, véase *Indigenismo, clases sociales y problema nacional* (Degregori *et al.*). Para los intelectuales y la cultura literaria, Deustua y Rénique; Cornejo Polar 2003; y Jorge Coronado.

ción básica más allá de las capitales de provincias (Salomon y Chambi; Hazen), o por otros efectos socioculturales de la modernización sobre el campo y la actividad agrícola, que terminarán desatando la migración aluvial desde 1940.

Imposible ignorar la interpretación conocida del indigenismo como un proceso que significó la irrupción de intelectuales mesocráticos que utilizaron el tema del indio como caballo de Troya en su adquisición de capital simbólico.<sup>22</sup> Del mismo modo, es necesario enfatizar que muchos indigenistas no solo idealizaron a las poblaciones indígenas, sino que las presentaron como simples receptáculos, seres pasivos, como si existieran más allá de la historia. Menos importancia ha recibido el encuadre del indigenismo como una práctica multidireccional orientada a debilitar el gamonalismo y la expansión de la hacienda, especialmente en Puno. Aunque muchas veces permeado por tendencias racistas contra las poblaciones indígenas y mestizas contemporáneas (De la Cadena), el indigenismo se muestra como una demanda contradictoria de modernidad. En este sentido, puede discutírselo como un aspecto clave de la historia de las relaciones entre campo y ciudad en el siglo xx.

Si el indigenismo visibiliza y discute la frontera entre costa y sierra, también pregunta por las dislocaciones y corrimientos que separan las culturas urbanas y rurales en el marco de una todavía incipiente interconexión, debido al incremento de flujos de información, mercancías, viajes y tecnología (del telégrafo y el tren a los coches y la cultura de la imprenta).<sup>23</sup> De esta manera, sus prácticas literarias, visuales (pintura, fotografía) y ensayísticas postulan y repiensen viejas fronteras e incentivan otras, articulando las poéticas de lo que permanece —o debería permanecer— esencial y la ruta del mestizaje. Ambas poéticas se cristalizaron paradigmáticamente en dos ensayos fundamentales del indigenismo cuzqueño: *Tempestad en los Andes* (1927) de Luis E. Valcárcel y *El nuevo indio* (1930) de Uriel García. Para el primero, lo andino existe como unidad

---

22. En su estudio sobre Arguedas y la transculturación, Ángel Rama propone una tesis que se ha hecho clásica en el estudio del indigenismo: la de comprenderlo como el producto de intelectuales mesocráticos que utilizan al indio como palanca de ascenso en el campo intelectual (1989: 138-58).

23. Diversos estudios sobre el indigenismo y la vanguardia han planteado la importancia de las dinámicas modernizadoras en la cultura y la sociedad nacionales para encuadrar las prácticas indigenistas. Véanse Vich, Coronado, Zevallos Aguilar, López Lenci 1999; 2004, así como las memorias de Luis E. Valcárcel (1981).

frente al cambio histórico, imagen encarnada en el de ayllu (2013: 21). El ayllu de Valcárcel es telúrico, porque la cultura no se desvincula de la tierra. En cambio, para García, lo andino se ha *desterritorializado*, pues el desplazamiento migratorio ha roto el vínculo de la cultura con la tierra. Según García, Valcárcel confunde al inca con el indio contemporáneo. Sostiene, más bien, que el pasado inca se ha deshecho por completo: sus supervivientes huyeron a las alturas refugiándose en el ayllu, pero la cultura que se formó allí estaba ya marcada por las costumbres “posteriores a la hecatombe incaica” (119). Es así que, si uno se remonta al ayllu primordial, al origen, ni siquiera allí la cultura es única e invariable, sino que está marcada por el contacto; todo ayllu es un “ayllu tráfuga” (28, 133). Para la época en que escribe, el ayllu está cada vez más cercado por la migración andina a pueblos y ciudades. El presente es mestizo, y en ese nuevo tiempo “lo indio” es espíritu, influencia cultural, tráfuga por segunda vez.

La separación entre identidad cultural y espacio estable es una marca de la migración. Las fronteras lingüísticas y culturales se desplazan, obligando a repensar los términos con los que se asumían las nociones de comunidad, subjetividad o ciudadanía. El enorme y continuo interés crítico por repensar el período indigenista apunta hacia la importancia de una serie de procesos que se cristalizan y anudan en este período de cambios: indigenismo y nación; mundo andino y capitalismo; marxismo y modernidad; imaginarios idealistas, racistas y progresistas; el lugar del intelectual en la sociedad local; el campo cultural y el Estado; o la memoria y el futuro de lo regional. Son esas y otras tensiones las que repasan los ensayos incluidos en esta sección.

Melisa Moore analiza el esfuerzo y las contradicciones de Mariátegui por elaborar una narrativa indo-marxista de nación que supere las narrativas de la nación propuestas por la modernización (gobierno de Leguía), el indigenismo (dualidad nacional sin posible articulación) y el nacionalismo aprista (énfasis en las clases medias y el proletariado urbano). El indo-marxismo no solo inscribe al “indio” en la cuestión nacional, sino que busca la construcción de un bloque nacional popular en torno al cual puedan articularse los esfuerzos de distintos intelectuales indigenistas, nacionalistas y socialistas. Moore discute la importancia de tres prácticas intelectuales de Mariátegui para conseguir tal fin: la creación de un partido, la revista *Amauta* y la construcción retórica de una nueva narrativa de nación que combine discursos conceptual-racionalistas e imaginativo-poéticos. No obstante,

esta narrativa indo-marxista, que hará del campesino el sujeto de la revolución, terminará borrando la heterogeneidad étnica del mundo popular andino.

Sara Castro-Klarén estudia las genealogías del indigenismo y del pensamiento acerca de lo andino tomando como eje la lectura de Mario Vargas Llosa sobre Arguedas, la cultura indigenista y los supuestos políticos, filosóficos y estéticos de sus intelectuales. Estas genealogías son también una erudita exploración sobre los dislocamientos, suturas y malentendidos en el campo intelectual peruano del siglo xx y el debate sobre la cultura nacional. El libro de Vargas Llosa *La utopía arcaica* es explorado como un modo de posicionarse —sin dejar de mostrar la incomodidad de su autor— ante los estudios andinos en el siglo xx. Se ve, así, que las preguntas del indigenismo han recorrido la historia intelectual del siglo, desde Luis E. Valcárcel (1920) hasta Alberto Flores Galindo (1990). Las adhesiones y los rechazos que ha generado el indigenismo lo señalan como un nudo clave de la cultura peruana en el que toma forma la pregunta por la modernidad. Asimismo, la historia del indigenismo lleva a explorar la relación desigual de poder entre la producción de saber —asociado con Europa— y su objeto bárbaro —lo andino—, y, con ello, las figuras siempre polémicas de la traducción y de una cultura que parece estar fuera de lugar.

Jorge Coronado propone observar una frontera del indigenismo que alumbra las prácticas letradas indígenas, las cuales acompañaron a los intelectuales indigenistas más conocidos. Para ello propone el concepto de “lo facilitativo”, el que permite ver las redes entre intelectuales y grupos indígenas. La profusa circulación de cultura impresa en las provincias, el acercamiento entre zonas rurales y urbanas, así como la voluntad de intelectuales indigenistas, favorecieron el establecimiento de aquellas redes. Coronado busca pensar las huellas de una producción letrada indígena a través del análisis de diversos textos; por ejemplo, los relatos de intelectuales indígenas (Mariano Larico Yujra, Carlos Condorena) recogidos por José Luis Ayala. Propone también la necesidad de integrar en esta discusión a intelectuales como Wancho Lima, Francisco Chuquihuanca Ayulo o Julián Palacios. Esta reflexión se interroga por los modos de apropiación indígena de la escritura, la cual invita a repensar los supuestos sobre el funcionamiento de la cultura escrita en los Andes, así como la categoría del intelectual en dicha área cultural.